

Un hombre extraordinario

—¿Por qué te empeñas en anticiparte a la vida?; deberas pedir al Señor las llaves de tu infancia para evitar esos destinos oscuros y vacilantes que nos pueblan de alarmas y de dudas; ser adulto es un privilegio común que autoriza al ser humano penetrar en geografías sociales, donde hombres de ídoles desconocidas se mueven sujetos a sus condiciones; la conciencia general es ingrávida y el corazón calculador. La libertad no existe, el hombre arrastra en su codicia las cadenas.

Yo no llegaba a comprenderle, mas sus palabras difíciles y brillantes llenaban mi alma de una triste y cálida emoción, contagiada por su acento alterado y doloroso. Iba a casa a diario, parecía formar parte en la familia; entonces, yo siempre me acercaba a su lado y me subía a sus rodillas, acariciándome paternalmente, con su risa apagada y bondadosa, mientras describíame viajes a países fabulosos que él visitara en su adolescencia.

Su muerte fué la gran obsesión de mi pasado; la sonrisa florecía en sus labios como propaganda de su íntima felicidad; acaso yo no supe vislumbrar en ella el dramatismo de su causa. Cuando registro ahora, sumergida en los almacenes del recuerdo, aparecen esas imágenes abstractas de sus fantásticas narraciones: aquellos mares del Sur con pecas de islas misteriosas; las populosas ciudades yanquis, cual colmenas de muchedumbres, dispersas en el mundo sugestivo de su oración sedimentada de hondas experiencias, de avidas esencias y de maravillosas policromías; panoramas y costumbres edificadas en la proverbial elocuencia que constituía y acreditaba su personalidad singular.

Yo agradecía siempre las pródigas atenciones que me dedicaba su espíritu generoso, experimentando un extraño sentimiento hacia él, que su presencia continua, iba incrementando cada vez más; era una abstracción poderosa, susceptible al corazón y violenta a mi púber mentalidad. Después sabría otorgar nombre a la cándida sensación de mis sentimientos pretéritos.

Eran las siete en punto de la tarde, yo solía adelantarme un minuto de su llegada, encendía las luces del corredor y su sombra se introducía deformada por la ranura de la puerta, como empujada por el ruido que

hacían sus zapatos sobre la madera de los peldaños; cuando colocaba el índice sobre el orificio del timbre, yo abría la puerta atendiendo a una ley del corazón.

—Ya está esperándome mi Gisela —me decía siempre, empujándome por el pelo, con sus dedos surtidos de candor. Al sentarse a jugar la partida de ajedrez me tendía el sombrero que yo, coquetamente, colocaba sobre mis trenzas sin dejarle de sonreír,

hasta cubrir mis ojos, evitando contemplar, de este modo, el benévolo gesto que provocaba en él mi aparatosa actitud. En los naipes era desgraciado; yo observaba contrita su faz incendiada de ginebra, mientras el humo, como un gas lacrimógeno, arañaba el vidrio de mis pupilas, ascendía con vertical indolencia de los cilindros dormidos en los ceniceros repujados y se enredaba en sus dedos confiados como lombrices acerbadas atando su suerte a la baraja; ansiaba su victoria, y comunicaba a su oído el repertorio de ases que el «angel del juglar» atribuía a abuelo y a papá; otras veces ponía a su servicio las cartas hurtadas con sigilo de las bazas anteriores y mis artimañas eran denunciadas por su in-

sobornable dignidad. A todos, excepto a mamá, solía hacer gracia mi oscura educación.

—Eres una indiscreta, Margarita; como vuelvas a hacerlo, voy a darte unos azotes.

Entonces él me auxiliaba, limpiando la importancia de mis acciones.

—Es tan pequeña —decía, añadiendo:

—...el niño, se distingue del hombre por su astucia infantil; nadie como una criatura triste, sabe adoptar mejor la postura filosófica del pensador —mi familia, a la vez, inclinaba la frente asintiendo. Él continuaba—, es un método, una fórmula de distracción. Déjala por favor en paz, a la pobrecita niña.

Cuando mamá me reprendía yo le amenazaba con decírselo a Oscar, para que sintiera rubor por encararse con una «pobrecita niña». En mí, solía aplacar el furor que papá le despertara al desplazarse los días festivos al café, dejándola todo el tiempo abandonada.

Cuando finalizaba la partida, retirábanse de la mesa con holgura, desentumeciendo sus organismos en un continuo y negligente sustituir de posturas; de

